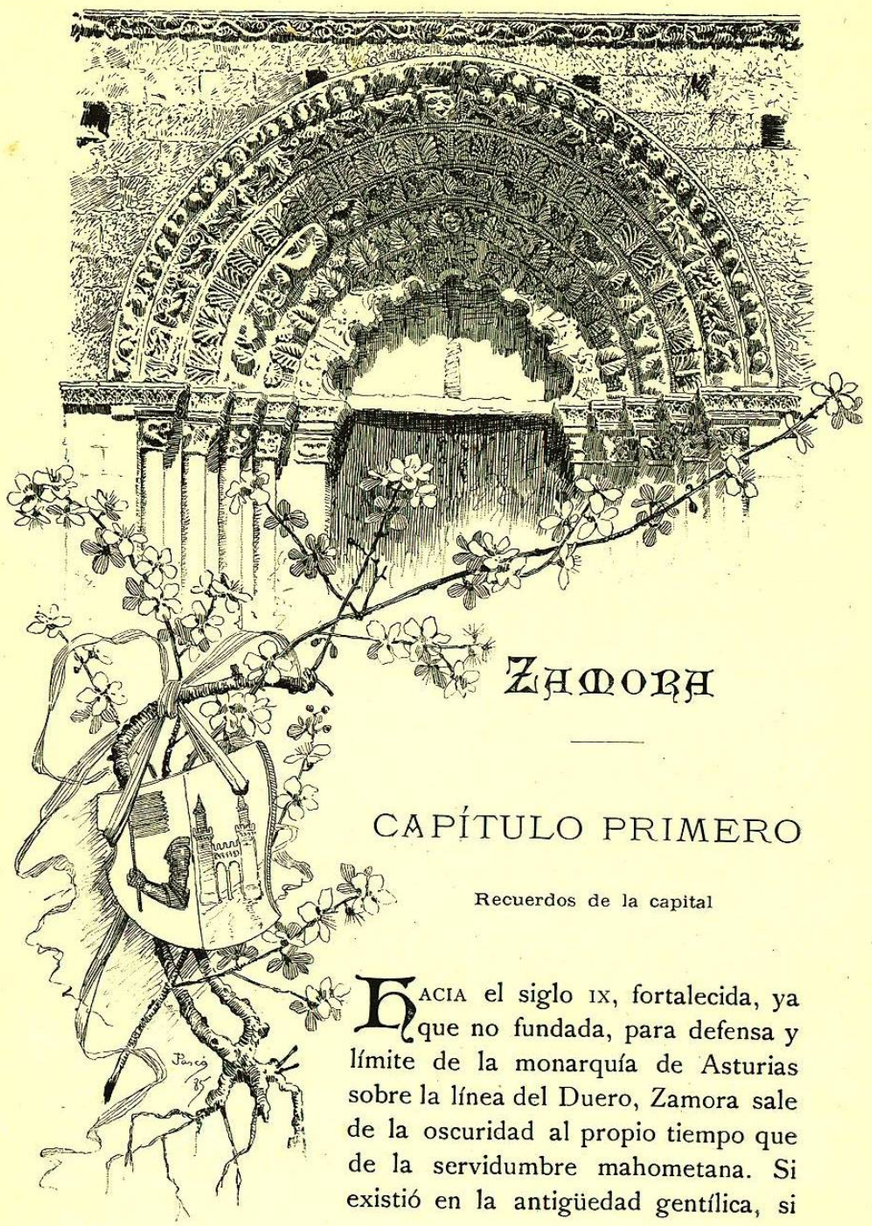

ZAMORA

CAPÍTULO PRIMERO

Recuerdos de la capital

HACIA el siglo IX, fortalecida, ya que no fundada, para defensa y límite de la monarquía de Asturias sobre la línea del Duero, Zamora sale de la oscuridad al propio tiempo que de la servidumbre mahometana. Si existió en la antigüedad gentílica, si

son romanos los cimientos de su viejo puente destruído, si denota que se hallaba al paso de alguna frecuentada vía la inscripción conservada en el portal del ayuntamiento (1), otro nombre seguramente debió llevar; y no es posible aplicarle los de Séntica, Sibaria ó Sarabris, y Ocello Duri, sin corregir demasiado las graduaciones de Tolomeo y el orden de distancias del itinerario de Antonino (2). Sólo la ignorancia geográfica más completa pudo suponerla en los primeros siglos de su restauración, desde principios del x en adelante, sucesora de la heróica Numancia, con quien nada tuvo de común sino su situación sobre el Duero, aunque á cincuenta leguas una de otra. La etimología de su nuevo nombre de Zamora se intentó explicarla con ridículas consejas (3), y hasta más tarde no se ocurrió que podía proceder de la lengua arábiga interpretándolo por *turquesa*.

(1) La denominación de Viacus, á quien se dedica la lápida, parece referirse á Mercurio como dios de los caminos, y dice así:

Viaco
M. Atilius
Silonis
Quir. Silo
ex voto.

(2) Sentica, reducida á Zamora por Florián de Ocampo natural de la misma, estaba más allá de Salamanca por el lado de Mérida; y Sibaria, si es la Sarabris de Tolomeo, tampoco conviene con la situación de aquella, pues se hallaba casi en la misma latitud que Compluto ó Alcalá que dista de Zamora más de un grado. La que menos dificultad ofrece en su equivalencia es Ocello Duri, segunda mansión de Salamanca á Zaragoza, distante de la primera cuarenta y dos millas, y hasta su nombre *Ojuelo del Duero* recuerda la posición de la ciudad de que tratamos. Á la misma opinión se inclinan los que más detenidamente han estudiado el asunto, como vemos por las *Memorias históricas de Zamora* recién publicadas por el Sr. Fernández Duro, donde va inserto un luminoso discurso de D. Miguel, docto presbítero del siglo pasado. De la correspondencia de Zamora con Numancia, hecha por los naturales cuestión de acalorado patriotismo casi hasta nuestros días, nadie se acuerda ya, ni más ni menos que de los enormes alegatos que la defienden.

(3) Indigna ciertamente del arzobispo D. Rodrigo es la que trae de la vaca negra ó mora á la cual el vaquero gritó *Ce Mora*, grito que los soldados de Alfonso III aplicaron por nombre á la población; pero fray Juan Gil de Zamora, escritor del siglo XIV, que la califica con razón de necedad, incurre en otras tales como lo de *Zara Mora* y *Cesaris mora*.

La primera reconquista de la ciudad, dejando aparte las inciertas tentativas inmediatas á su pérdida (1), la atribuyen nuestras crónicas á Alfonso I, las musulmanas á Froila, hijo de Alfonso. Añade alguna de estas que permaneció más de dos siglos bajo el dominio de los cristianos hasta las invasiones de Almanzor (2); otras empero la suponen en breve recobrada por el califa Abderramán I que la visitó hacia el año 785, y afirman ora que fué ganada en la primavera del 813 por Abderramán II siendo príncipe todavía, ora sitiada inútilmente hacia 878 por el príncipe Almondhir, ora destruída en el reinado de Muhamad (3). Presa disputada en país fronterizo entre dos razas irreconciliables, no la permitieron sus alternativos estragos levantarse sólidamente del polvo de las ruinas, hasta que Alfonso III en 893 emprendió su restauración, llamando para poblarla á los cristianos del país vecino, y para reconstruir sus muros y edificios á arquitectos y peones de Toledo, no sabemos si infieles y mozárabes, aunque nos inclinamos á lo segundo. Unos baños y una hermosa iglesia dedicada al Salvador y pingüemente dotada, fueron las fábricas principales que brotaron dentro de aquel fuerte recinto, avanzada formidable del belicoso reino de las montañas contra el fastuoso imperio del califa.

Dejóla éste en paz guardando las treguas que á la sazón tenía con Alfonso; pero una muchedumbre innumerable de insurgentes y aventureros, fanatizada por Ahmed-ben-Alkithi, descendiente de los Omíadas y aliado del rebelde Hafsún, se precipitó como una desastrosa avenida, asolándolo todo á su paso, sobre la ciudad que crecía en tanto daño del islamismo. Encerróse de pronto en sus murallas la guarnición, y aun se

(1) En el tomo de *Asturias y León*, p. 29, citamos el texto publicado en las cartas del orientalista Borbón acerca del ataque de Zamora por Nuño Ramírez en 723 y su recobro por Ambasa, y más adelante otro referente á su primera toma por Habib. Pero, como ya observamos, merecen escaso crédito dicho textos.

(2) ALMAKKARÍ, traducción inglesa, tomo II, pág. 85.

(3) Véase á CONDE, II.ª parte, capit. 23, 35 y 55, y ALMAKKARÍ, tomo II, página 463.

dice fué desbaratada en una salida; mas bajando á socorrerla un ejército, se trabó campal batalla que no duró menos de cuatro días. Los primeros en huir fueron los berberiscos asalariados; los muslimes del reino de Toledo y del oriente de España murieron en sus filas cubriendo de cadáveres el campo. De los sesenta mil combatientes que se atribuyen á aquellas hordas, pocos escaparon con vida y libertad. La cabeza de Ahmed, fenecido en la pelea ó degollado después, se colgó con otras muchas en las puertas y almenas; y aquel día, que fué aproximadamente el 9 de Julio de 901, dejó un largo recuerdo de triunfo á los cristianos y de espanto á los sarracenos con el nombre de *día de Zamora* (1).

Con tan insigne victoria se consolidó la seguridad de la nueva población, y para que el suave imperio de la cruz se extendiera al par de las conquistas de la espada, creóse en ella una cátedra episcopal. Uno de los primeros, sino el primero en ocuparla, fué Atilano, cuyas firmas aparecen de 905 al 915, y cuya santidad declaró solemnemente Urbano II á fines ya del siglo XI. Natural de Tarazona y discípulo y compañero de San Froilán, de pronto en la soledad de las montañas de León y luégo á orillas del Esla en el monasterio de Moreruela que fundaron, fueron ambos en un mismo día y en la fiesta de Pentecostés consagrados obispos el uno de León y el otro de Zamora. Á los diez años de regir la diócesis asaltaron humildes escrúpulos á Atilano, y al salir con el bordón de peregrino después de distribuir sus rentas á los pobres, arrojó desde el puente al río su anillo pastoral, diciendo que hasta recobrarlo no se tendría por seguro de haberle Dios perdonado los pecados de su juventud.

(1) *Interea sub era DCCCCXXXIX*, dice Sampiro, *congregato exercitu magno Arabes Zamoram properarunt. Hæc audiens serenissimus rex, congregato magno exercitu inter se dimicantes, cooperante divina clementia, delevit eos usque ad internecionem: etiam Alchaman qui propheta eorum dicebatur ibidem corruit, et quievit terra.* Véase la relación más extensa de Conde en el cap. VI, parte 1.ª del tomo de *Asturias y León*. En esta victoria hacen intervenir D. Rodrigo y D. Lucas al caballeresco Bernardo del Carpio, sin advertir que, según su cómputo, había de contar ya más de cien años de edad.

Dos años empleó en obras de penitencia y visitas de santuarios, al cabo de los cuales avisado por sueños de que volviera á su silla, y hospedándose desconocido en una ermita de las afueras, encontró su anillo en el vientre de un pescado que para su cena había recibido de limosna. Tañeron por sí mismas las campanas; los ciudadanos corrieron en tropel al encuentro de su prelado, que apareció de repente revestido de ricos hábitos pontificales, y tuvieron la dicha de gozar por otros siete años de su paternal gobierno y de cerrarle los ojos cariñosamente (1). Sucediéronle uno tras otro, sin dejar más huella que su nombre, Juan, Dulcidio, Domingo, Juan el segundo y Salomón, titulándose indiferentemente obispos de Zamora ó de Numancia, hasta que á fines del siglo se hundió su sede sepultada bajo las ruinas de la ciudad.

Capital de Galicia, es decir del reino de Asturias, denominan á ésta á menudo las historias arábigas, y en verdad parecía serlo por la frecuente y casi continua residencia de los soberanos, que desde aquella plaza limítrofe guardaban la frontera y espiaban la ocasión de llevarla adelante con sus armas. Tenía Zamora más de campamento que de corte, y aquellos príncipes gustaban más de su agitación belicosa, de sus aprestos y peligros que de las pompas y regalos de León. Allí atajó Alfonso el Magno los rebeldes intentos de su primogénito García prendiéndole de improviso; allí regresó, abdicada ya la corona, de

(1) Seguimos en esta relación las lecciones de un antiguo leccionario cisterciense publicadas en la *España Sagrada*, t. XIV, mas no podemos convenir con Flórez en la época en que supone haber florecido el santo, de 990 á 1009. En que fué coetáneo y compañero de San Froilán no cabe duda, pero dos Froilanes ocuparon la silla de León, el uno de 900 á 905, el otro de 992 á 1006; y queda ya por Risco evidentemente demostrado que el santo corresponde al primero y no al segundo, desvaneciendo el dictamen contrario de Lobera que indujo en error á Flórez y á los mismos Bolandos. Rectificada pues la cronología respecto de San Froilán, debe asimismo corregirse respecto de San Atilano. Á esto se agrega que de 905 á 915 constan firmas de un obispo zamorano de este nombre, según confiesa Flórez que le juzga distinto, y no se encuentra ninguna en el período que le atribuye, período por otra parte harto calamitoso en que Zamora yacía otra vez bajo el yugo sarraceno ó sepultada bajo sus escombros y no se hallaba en situación de ser paternalmente regida por un prelado.

su última expedición contra los sarracenos, sucumbiendo en breves días á la fatiga y á los pesares más que á los años; allí en la flor de los suyos y á los tres de empuñar el usurpado cetro, ocupó el lecho fúnebre del padre el hijo sedicioso, cuyos días fueron abreviados sobre la tierra. En Zamora falleció también la reina Elvira, esposa de Ordoño II, amargándole el placer de la victoria con que á poco después volvió coronado, y no tardó él tres años en sentirse allí mismo acometido de la enfermedad que le acabó en León ó bien en el camino. Zamora fué la estancia de Ramiro II, desde que vino con gran comitiva de magnates á recoger la corona que le dejaba su hermano Alfonso retirándose á un monasterio, hasta que en medio de sus preparativos de guerra contra los infieles le sorprendió la noticia de que el monje quería reinar otra vez, y marchó sobre León á probarle con la espada lo irrevocable de la renuncia.

En aquel reinado tuvo un día de gloria la ciudad: nuestras crónicas lo confunden con la jornada inmortal de Simancas cuyo vivo esplendor absorbe los episodios inmediatos; en alguna relación musulmana prevalece al contrario, dando nombre á la campaña entera, el formidable recuerdo del foso de Zamora. Ceñíanla, dice, siete muros de extraordinaria solidez, obra de los reyes anteriores, separados entre sí por cortaduras y profundos cauces llenos de agua. De los dos primeros se apoderó al frente de un ejército innumerable el califa Abderramán III, quien después de una gran batalla, ventajosa para sus armas según unos, de dudoso éxito según otros, y felicísima para los cristianos al decir de éstos si es como creemos la de Simancas, estrechó el sitio de la plaza donde se habían encerrado los enemigos; pero al asaltar la tercera cerca, en aquella angostura inundada por el río, al pié de la valla coronada de bravos defensores, perecieron acribilladas las falanges agarenas en número de cuarenta ó cincuenta mil hombres, y obstruída de cadáveres la corriente convirtióse en un lago de sangre. De esta matanza, sucedida en 939 á fines de Julio ó principios de Agosto, hablan los anales de los

vencidos y no los de los vencedores, quienes después de referir la victoria de Simancas, indican otra conseguida en Alhándega á orillas del Tormes que acabó con los restos de la hueste fugitiva, sin decir una palabra de Zamora (1). El eclipse que coincidió con estos sangrientos días lo señalan unos y otros: y los nuestros mencionan además otro pavoroso agüero que había precedido en 1.° de Junio del mismo año, una llama salida del océano que derramándose sobre Castilla abrasó un barrio de la ciudad (2).

Siguen los escritores sarracenos apuntando continuas pérdidas y reconquistas, que parecen desmentir la ponderada fortaleza de Zamora, haciendo ondear en sus murallas tan pronto la bandera de la cruz como el estandarte del profeta. Si la recobró en 941 el valí de la frontera Abdala-ben-Coraixi del rey Ramiro que el año anterior la había tomado (3), si la entró por fuerza en 963 el califa Alhakem II en persona pasando á cuchillo á casi todos sus defensores y destruyendo su cerca, muy fugazmente

(1) Dozy opina que la sangrienta batalla del foso de Zamora no es otra que la de Alhandega, y que el historiador Masoudi que escribía desde Asia aunque coetáneo, tomando por apelativo el nombre propio de al-khandec que significa *foso*, dió origen á esta reduplicación de combates. Á nosotros nos hace fuerza que aquel polígrafo de Bagdad no se contentara con haber creado el hecho que pudo nacer involuntariamente de su error, sino que pasara á adornarlo con detalles de caudal propio, tales como los brazos de agua y los siete muros fabricados por antiguos reyes. En el cap. I, 2.ª parte del tomo de *Asturias y León* y en el capítulo V, 1.ª parte del presente tratamos de conciliar entre sí las relaciones arábigas y cristianas de esta campaña tan importante y de fijar con la exactitud posible la fecha y sucesión de sus acontecimientos.

(2) «Era de DCCCCLXXVII, dice el cronicón de Cardeña, kal. junii, dia de sábado á hora de nona, salió flama del mar e incendió muchas villas e cibdades e omes e bestias, e este mismo mar encendió peñas, e en Zamora un barrio, e en Carrion, en Castro Xeriz e en Burgos cien casas, e en Briviesca e en la Calzada e en Pancorvo e en Belorado e otras muchas villas.» Es traducción casi literal del texto latino del cronicón Burgense que citamos atrás, pág. 472, acerca de este singular fenómeno, que no sabemos haya sido hasta aquí explicado ni comentado. Posteriormente ha tratado de hacerlo Fernández Duro en sus *Memorias históricas*, tomo I, pág. 206 y sig.

(3) Conde afirma que los infieles á pesar de su derrota en el foso de la ciudad lograron apoderarse de ella por asalto, bien que al año siguiente la perdieron; pero Gayangos observa en sus notas á Almakkarí, que nada hay en las historias arábigas que justifique tan inverosímil suposición. Véase á Conde, II parte, capítulo 82, 84 y 89.

debieron ocuparla, pues pasan semejantes cambios en silencio los analistas cristianos, quienes en este intermedio no consignan otro acontecimiento en Zamora que la pacífica muerte natural de Ordoño III ocurrida hacia mediados de Agosto de 955. No dejó tan efímeras huellas en el verano de 981 la irresistible espada de Almanzor, cuyo lugarteniente Abdala-ben-Abdelasis, nombrado *Piedra Seca*, puso sitio á la población, y ya que no pudo ganar la ciudadela, pasó á sangre y fuego los alrededores, cebándose en las iglesias y claustros de la comarca: su toma estaba reservada al gran caudillo que acosaba de ciudad en ciudad á Ramiro III. Sus defensores dispersos corrieron algunos á guarnecer con no menos desgraciado valor á la fuerte Simancas donde hallaron el cautiverio y en Córdoba el martirio; el más señalado fué Domingo Sarracino, cuyos copiosos bienes á falta de heredero fueron aplicados por el rey Veremundo á la iglesia de Compostela, y á cuya santa memoria se erigió más tarde una ermita junto á las aceñas de su propiedad (1).

(1) Á estos sucesos y al privilegio de Veremundo, único que los menciona, nos referimos en las págs. 185 y 186 del presente tomo: ahora no creemos fuera del caso insertar algunas cláusulas del citado documento. *Inter quos fuit vir felicissimus nomine Sarracenus, proles Joannis vocitatus, qui dimisit hereditalem et cortes in civitate Numantia quæ modo Zamora nuncupatur, cum nullum superstitem vel hereditarium aut propinquum relinqueret... Sic do et concedo cortem intus in civitate nova prope ecclesiam sancte Leocadie in omni gyro sicut eam ipse sanctus Dominicus obtinuit cum omnibus suis utensilibus, cupis, torcularibus et tendis in Mercatello, et vineis quæ servierunt ipsi corti ubicumque sunt, ab integro eas concedimus; et azeniam integram in vado quem dicunt domini Garciæ, et medietatem in alia in Teliares, et ibi in Teliares quartam portionem in alia azenia, et omnes suos hortos unum in Aruale et alium in ripa fluminis Durii, et suos ferraginales ubicumque illos habuit, et alium hortum in Perales, et etiam cuncta quæ ipsi domui deservierunt, tam ex illa parte fluminis Durii terras et vineas et omne suum debitum, quam quæ ipsi corti deserviunt. Adhuc dando atque donando adjicimus quod ipsi corti pertinuit, villam quam vocitant Alcopam in ripa rivuli Arotoy, cum omnibus suis prestationibus quæ intus et foris sunt, cupis et torcularibus, terris, vineis per suos certissimos terminos, et omnia quæ adipsam villam pertinent sicut ille eam obtinuit, cum suis jugariis et porcariis qui ibi servierunt et modo ibi sunt, sive et peculiare de ovibus ubicumque sunt quæ ipsi corti deservierunt.* Dudamos si el santo mártir era ó no convertido del islamismo, no por el nombre de Sarracino muy común en aquella época, sino por expresar la escritura que en el bautismo tomó el de Domingo, pero el de Juan que llevaba su padre indica que pertenecía á familia cristiana. Quizá su cuerpo fué traído de Córdoba por mediación del rey Veremundo, pues en la ermita se mostraba su tumba, de la cual recogían tierra los fieles para ponérsela al cuello por reliquia.

Proclamado rey Veremundo II por los gallegos en competencia de Ramiro, obtuvo de Almanzor bajo ciertas condiciones de vasallaje el dominio de Zamora y León y del país comprendido hasta las costas del mar; pero haciéndosele intolerable el yugo á fuerza de humillaciones y violencias, trató de sacudirlo en 988. Perdida su capital, no se atrevió á encerrarse en Zamora, ni sus moradores abandonados del monarca tuvieron ánimo de defenderla, antes abrieron las puertas al inexorable hajib que la entregó al furor de sus soldados. Desmantelada y casi desierta permaneció once años, hasta que en 999 Almanzor la repobló de musulmanes y dió el mando de la plaza á Abulawas el Todjibita. Esto es lo que nos cuentan de sus vicisitudes en aquel período calamitoso las historias arábigas (1), al paso que las nuestras con su absoluto olvido expresan más significativamente todavía lo profundo de su desolación. El glorioso nombre de Numancia, que por error se le atribuía, parecía destinarla en su segunda época como en la primera á ejemplo de un heroísmo sin fortuna y á la acerba suerte de servir de sepulcro á sus hijos después de haberlo sido tantas veces de sus agresores. Ni el cetro restaurador de Alfonso V, ni las animosas hazañas del joven Veremundo III, bastaron para despertarla de su letargo tan parecido á la muerte; y hasta verse libre de guerras domésticas é intestinas no pensó Fernando I en levantar del polvo aquel firme baluarte del Duero, á instancia de los leoneses que recordaban su antigua hermandad con los zamoranos.

Los valientes pobladores que llamó de las montañas y los ventajosos fueros y excelentes usos que les otorgó (2), no contribuyeron tanto al lustre de la restaurada ciudad, como el error

(1) Véase el fragmento de Ibn-Khaldoun citado por Dozy en el tomo I de sus *Recherches*, pág. 107 y 108.

(2) *Dedit ei perpetuo*, dice el Tudense, *bonos foros et nobilissimos mores*. Al fuero de Zamora se refiere el de Santa Cristina, lugar de Benavente otorgado por el mismo Fernando I en 1062.

que cometió repartiendo la monarquía entre sus hijos. Dada en patrimonio con la mitad del infantazgo á Urraca la primogénita, resistió ella sola con más éxito que los vastos reinos de León y de Galicia á la ambición absorbente del mayor de los hermanos y vió estrellarse al pié de sus adarves el poder de Castilla y el ímpetu de su monarca. Los romances representan á la infanta, menos recatada y prudente de lo que figura en la historia, turbando la agonía de su padre con importunas demandas de heredamientos, y al moribundo rey acompañando su legado de Zamora con maldiciones solemnes contra los infractores de su voluntad, á las cuales responden amén los circunstantes, á excepción de Sancho que se encierra en un sombrío y ominoso silencio (1). Sin embargo no vino de éste la agresión primera, sino de García que no contento con su reino de Galicia usurpó parte de los dominios de Urraca, cuya defensa afectó tomar el de Castilla para tener ocasión de desposeer á su hermano y de declarar roto el testamento otorgado en perjuicio de su primogenitura. Tras de Galicia incorporóse de León, tras de García llegó á Alfonso el turno de ser destronado, después de dividir hábilmente sus fuerzas y de seducirle con el reparto de los despojos; y la solicitud con que voló Urraca al socorro de su predilecto hermano alcanzándole la vida só condición de hacerse monje, y la fuga del príncipe á los moros de Toledo, mezclaron el fuego de la

(1)

Quien os la tomare, hija,
La mi maldicion le caiga!
Todos dicen amen, amen,
Sino don Sancho que calla.

Con esta grandiosa escena termina el antiguo romance *Morir vos queredes padre:* ¿habrá podido nacer de ella el refrán *al buen callar llaman Sancho?* Lo cierto es que el lenguaje más que libre y desenvuelto que en él emplea la infanta, choca con la opinión de sensatez y honestidad que siempre tuvo, y sospechamos que la tradición popular la confundiera por la identidad del nombre con la reina Urraca su sobrina que dejó más dudosa reputación, á menos que no se atribuya esta mala nota á la animadversión transmitida entre los castellanos hacia la memoria de la que fué causa de la muerte de su rey y de la humillación de sus banderas. El Tudense afirma que Zamora fué dada á Alfonso y no á Urraca por el testamento de su padre, y que Alfonso la cedió á su hermana para defensa suya en las guerras que veía próximas á estallar.

venganza con el de la ambición en el ánimo del rey Sancho contra el pequeño estado de la infanta. Reclamóle la entrega de Zamora en cambio de dineros ó de otras tierras no tan fronterizas (1), y como nada obtuviese con promesas ni con amenazas, preparó durante el invierno en Burgos la campaña de la próxima primavera.

Desde los primeros días de Marzo de 1072 hormiguearon formidables huestes al rededor de la única ciudad donde no tremolaban los leones de Castilla, pues Toro por rendición ó por convenio arrebatada á la infanta Elvira, acababa de entregar sus llaves al rey Sancho. Animaban á los defensores, no menos que el brío varonil de Urraca, las canas venerables de su ayo Arias Gonzalo, dispuesto á inmolarse para sostener el fatal testamento que con su previsor consejo no había logrado impedir: y al penetrar en Zamora el pundonoroso Cid Ruy Díaz con un mensaje de su rey más arduo para su rectitud que no lo había sido para su esfuerzo el darle tantas veces la victoria, respondieron á una voz los habitantes reunidos dentro de San Salvador, que hasta la muerte no desampararían ni á su patria ni á su señora. Amorosas reconvenciones traen los romances, dirigidas por la infanta al Campeador desde lo alto de una torre, que clavándose como dardos en el corazón del guerrero le obligan á retirarse confuso y á suspender el ataque (2). Su

(1) Según la *Crónica general*, que es la que cuenta con más minuciosidad estos sucesos, los lugares ofrecidos á Urraca en compensación de Zamora fueron «Medina de Rioseco con todo su infantazgo desde Villalpando fasta en Valladolid e aun Tiedra que es muy buen castiello.»

(2) Véase el conocido romance que empieza

Afuera, afuera Rodrigo
El soberbio castellano!
Acordársete debiera
De aquel buen tiempo pasado...

y las palabras de Rodrigo

Afuera, afuera los mios
Los de á pié y los de á caballo,